

'La palabra que aparece' de Enrique Díaz Álvarez

La resignación ante la muerte parece ejemplar, y luego ya nada
tiene importancia.
ELIAS CANETTI

*As we speak, all over the world, the desire to inflict as much
brutality as possible to the weakest amongst us seems to be
irrepressible. In such circumstances, the only thing many are left
with is the power to testify.*
ACHILLE MBEMBE

INTRODUCCIÓN

Nada parece ser más propio de la época actual que la lucha por la supervivencia. Esta palabra, que parecía desterrada en varias sociedades, se ha instalado con fuerza en el léxico cotidiano. La pandemia nos ha obligado a asumir la fragilidad que nos constituye y a centrarnos en el cuerpo que somos.

La sensación de alarma se ha visto espoleada por la obsesiva tendencia a narrar la crisis sanitaria en términos bélicos. Svetlana Alexiévich tiene razón, si se tiende a confundir entre guerra y catástrofe es porque la Historia se nos ha enseñado como un largo relato de batallas y héroes: nuestros miedos más profundos tienen que ver con la guerra, ella es «la medida del horror».

Declarar la guerra al virus formó parte de la estrategia discursiva de los mandatarios para encaminar un estado de excepción que permitiera desacelerar y controlar los cuerpos ante una amenaza real. No es mera seguridad lo que ahora se antepone a la libertad, sino la posibilidad misma de persistir. Parte del guión consistía en recordarnos que nuestros padres y abuelos lo habían pasado peor y que lo que teníamos delante era la

guerra de nuestra generación. En suma, venían a descubrirnos que todos somos hijos de supervivientes.

No es esta noción de supervivencia lo que me interesa tratar aquí. Su horizonte ético y político es muy limitado por cuanto está ligado al instinto de sostener el propio organismo en una situación límite. En la práctica, esta concepción en boga solo nos da cuenta de cómo el viejo impulso por sobrevivir se traduce en una serie de acciones y comportamientos orientados a evitar ser tocados por el peligro y mantenerse a salvo. La narrativa heroica actual es solamente un síntoma más de cómo el momento de sobrevivir mientras otros caen, tan bien descrito por Elias Canetti, sigue siendo contemplado e instrumentalizado como el momento cumbre del poder.

Mientras existen sociedades que en plena emergencia sanitaria se descubren en guerra, muchas otras que arrastran el lastre de la desigualdad, la inseguridad y las asimetrías de poder –todas ellas formas de violencia– han sumado el nuevo virus a los riesgos que corren a diario. Buena parte de estas sociedades se encuentran sumidas en guerras internas y asimétricas. Sin declarar. Silenciosas. En definitiva, son millones de personas en el mundo las que se han limitado a seguir sobreviviendo como vienen haciendo desde décadas atrás.

Ahora bien, el hecho de enunciar y poner la supervivencia en el centro del debate en sociedades con condiciones y problemáticas tan distintas representa una coyuntura inmejorable para reconocer la interdependencia y exponer la vulnerabilidad común. Dar este paso implica expropiar la noción de supervivencia al relato heroico que celebra al más apto y fuerte. Significa poner en juego los alcances éticos y políticos de palabras, sonidos e imágenes que afectan para hacerse cargo del tiempo presente. Un tiempo marcado por la incertidumbre y el desasosiego invita a exponer nuestra experiencia junto a otras. Relacionarlas. En definitiva, impulsa a asumir la vocación de rastrear y prestar atención a historias de vida –distintas, ajenas, distantes– que hagan resonar la fragilidad y el dolor que nos constituye.

Comencé a pensar y escribir este libro en medio de la llamada «guerra contra el narcotráfico» en México. En un país en el que desde 2006 se calculan más de 250.000 asesinatos, 60.000 desaparecidos y alrededor de 350.000 desplazados internos, no había por qué esperar a que se expandiera una pandemia para apelar a la noción de supervivencia a la hora de pensar críticamente sobre la precariedad, el temor y la sobreexposición a la muerte. Reflexionar sobre las formas de control social y el descuido de los cuerpos por parte de un Estado que instrumenta un estado de excepción y despliega una narrativa bélica centrada en la necesidad de eliminar a un enemigo.

Baste pensar, por ejemplo, en cómo Fernanda Melchor se inspiró en las notas policíacas y fotografías que produce un país repleto de fosas comunes para escribir *Temporada de huracanes*; una novela que explora ese turbio caldo de cultivo que explica buena parte del mal y la bestialidad que atraviesan al México contemporáneo. Las violencias que se ceban y adiestran a niñas y niños a la deriva: «Entre toda la diversidad personal, sexo y origen, lo que los une es que son sobrevivientes. Son personas, seres, existencias que están totalmente concentradas en la lucha por la supervivencia. Están en este mundo luchando por ser un poco más libres y por la posibilidad de seguir viviendo, de liberarse de las ataduras, son seres que están luchando. Este no es un mundo sencillo, pero ser mexicano es un deporte de alto riesgo.»

Como en otros marcos de guerra, buena parte del horror que atestigua la sociedad mexicana tiene como fin enmudecer y paralizar. La acumulación de cifras e imágenes atroces no solo provoca que uno tienda a asumirse como superviviente, sino también a normalizar la violencia. Combatir esta inercia implica sensibilizarse con la experiencia trágica que conlleva vivir en un país en el que 11 mujeres son asesinadas al día y un tráiler cargado con 150 cadáveres de víctimas no identificadas tiene que dar vueltas durante horas y estacionarse a las afueras de Guadalajara por falta de espacio en la morgue. No es banal que desde que Felipe Calderón declaró la guerra contra el narco en 2006, una serie de escritores hayan optado por la crónica y la novela documental para volcarse a narrar –con toda la fuerza del

lenguaje- historias de violencia e impunidad extremas. Saben que en México, no pocas veces, la ficción la pone el Estado.

Este ensayo nace con la idea de *encarar* la violencia, no solo en el sentido de hacer frente al problema, sino también en el de dotar de rostro y lugar al derrotado, al desechado, al desaparecido. Lo mueve la necesidad de fundamentar un marco alternativo que traslade el «momento de poder» del héroe al testigo. Hoy, como ayer, se trata de confrontar el relato hegemónico que enaltece al que sobrevive indemne tras una feroz batalla, para dar cuerpo a una memoria centrada en hospedar y prestar atención a las víctimas de la violencia – subjetiva, simbólica y estructural- que buscan por todos los medios posibles que su testimonio les sobreviva.

Y es que a menudo se pasa por alto que el poder que emana de testificar no radica en el sujeto, sino en la palabra misma. Es la palabra la que aparece, la que apabulla, la que se recuerda y persiste. Parto de una coartada etimológica que ha puesto sobre la mesa Giorgio Agamben: la palabra «testigo» no solo proviene y hace referencia al tercero (*terstis*) que declara desde una posición neutral entre dos contendientes sujetos a un proceso jurídico, sino a mujeres y hombres que vivieron un determinado acontecimiento y están en condiciones de dar testimonio sobre lo experimentado. En esta segunda acepción, el testigo es ante todo un superviviente (*superstes*) que puede reconstruir un hecho extraordinario desde su subjetividad radical.

Esta clase de superviviente es el autor de un relato que importa. Las páginas que siguen pretenden explorar los alcances que tiene el testimonio como forma de acción política en contextos de violencia. Ahondar en este giro teórico es apostar por una concepción de la política atenta al *pathos*, a la expresión, al gesto. Abiertamente relacional y encarnada. Ahora bien, pensar una *política del testimonio* implica estar dispuesto a entrecruzar la ética y la estética a la hora de explorar la potencia de lo sensible. Considerar el efecto del lenguaje en el momento de convocar y emplazarnos a mirar de frente al horror en tiempos convulsos. Paralelamente, implica pensar en las condiciones de

posibilidad que tienen ciertas palabras e imágenes para insubordinarse y dar cuenta de lo borrado o silenciado por el discurso oficial.

En contextos de violencia e impunidad extrema el testimonio suele ser el último reducto para hacer figurar –literalmente dar forma, hacer constar en algún lugar– una ofensa a quien solo cuenta con su palabra. Esta esperanza política de los agraviados pasa por que nosotros, en cuanto sus destinatarios, podamos representar y reproducir un daño que nos toca y concierne imaginar con detalle. Y es que, por definición, el testimonio es una experiencia significativa que se da siempre a otro. Su supervivencia depende de que esa historia concreta atañe e incida en quien lo escucha. Para la camarilla del poder no es fácil contener el testimonio de las víctimas; la propia economía de la palabra y el carácter intempestivo y reverberante de ese acto de resistencia lo hacen escurridizo. Siempre habrá la posibilidad de que irrumpa un testigo con su palabra impedida.

En este vínculo entre acción y palabra es precisamente donde reside el poder de restitución al que aspira un superviviente. En marcos de guerra, ciertas víctimas devienen testigos con el afán de combatir el discurso bélico que pasa por alto o reduce la pérdida humana a meras cifras: números redondos que se acumulan hasta provocar la anestesia colectiva. Evitar esa normalización de la violencia pasa por una ética de la escucha que permita experimentar vergüenza e indignación ante un relato oficial que cultiva y extiende la desmemoria y la insensibilidad.

Por todo esto coincido con Achille Mbembe cuando enfatiza que hoy en día el testimonio es una forma de ajustar cuentas y hablar de frente a la violencia en sociedades expuestas a la brutalidad; que son miles de mujeres y hombres en el mundo los que en este mismo momento se aferran al poder de testificar como la última baza para desvelar con su palabra una verdad que restituya y finalmente conduzca a la justicia y la reparación.

Este ensayo no tiene un afán historicista. No aspiro aquí a la reconstrucción y la explicación objetiva que ofrecen los

historiadores. Mi idea es explorar la potencia emancipadora del testimonio de los supervivientes en distintos marcos de guerra; lejos de ser un lastre, su subjetividad y carga emotiva resultan relevantes al foro público puesto que exponen y descubren lo común a partir de historias concretas que son puestas en escena. El testimonio es un acto performativo. No es mi intención denostar o suplantar trabajos serios y rigurosos sobre el pasado, sino más bien complementar el dato histórico con la memoria viva y encarnada. A diferencia de ortodoxos y positivistas, me importa detenerme y comprender la verdad afectada.

Quizá sea por el perturbador paralelismo que guarda el contexto mundial actual con los años treinta, pero creo que buena parte de los referentes para pensar el testimonio como un acto de supervivencia se encuentran en el periodo de entreguerras en Europa. Es en esos años cuando Walter Benjamin advierte la importancia del narrador como artífice de la historia a contrapelo, cuando Zweig maldice su condición de testigo involuntario o cuando Virginia Woolf recurre a biografías y testimonios de excombatientes para argumentar que la guerra no se evitará mientras se sigan cultivando un modelo de masculinidad que educa para el abuso de poder, la acumulación capitalista y una competencia vulgar que desemboca en el asesinato. También cuando intuye, con esa lucidez abrumadora, que el futuro combate antibelicista girará en torno a la visibilización de las imágenes atroces que las mismas guerras producen.

Al volver la vista atrás, sorprende que no se haya prestado atención al testimonio de los supervivientes sino hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial. Pienso, por ejemplo, en cómo John Hersey viaja a Hiroshima para entrevistar a seis *hibakushas* del ataque nuclear y reconfigurar, con esa narración, la forma en que el periodismo puede dar cuenta de la verdad sin renunciar a la verosimilitud de la ficción literaria; en cómo Miguel León Portilla compila testimonios nahuas sobre la conquista y visibiliza por primera vez la perspectiva de los vencidos ante episodios como el cerco y la caída de Tenochtitlan.

Y, desde luego, en la (e)vocación de Primo Levi y una serie de supervivientes de los campos de concentración nazis para dar cuenta del horror en nombre de quienes no pueden hacerlo.

A partir de los años sesenta y setenta, la cultura contemporánea se ha sensibilizado progresivamente con respecto al testimonio de las víctimas. Como recuerdan Annette Wieviorka y Eyal Weizman, la «era del testigo» nace con el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén. Desde entonces la palabra «superviviente» no solo está en el centro de lo jurídico y los movimientos de derechos humanos, sino que ha terminado por influir a toda una generación de narradores, fotógrafos, cineastas, artistas e historiadores del tiempo presente que se han caracterizado por levantar y hacer detonar en la vida pública testimonios de violencia extrema que cuestionan y fisuran la historia oficial.

Desde hace algunas décadas el epicentro de estos ejercicios críticos ya no se sitúa en conflictos de Europa, sino que se han concentrado en desvelar atropellos, genocidios y masacres que no han tenido el mismo foco de atención; ahí están los casos de Camboya, Ruanda, Guatemala, Gaza o Siria, por nombrar algunos. Es por esta clase de desatención que merece la pena encontrar un eco y hacer conversar –esto es reunir, intercambiar, dar vueltas– las nuevas caras del horror con lo descrito y pensado después de Auschwitz. Obviamente no se trata de banalizar ni comparar lo que es por definición incomparable, sino de hacer una crítica a la violencia contemporánea sin renunciar a anteriores experiencias y ensayos de comprensión.

Hoy, como ayer, el ajuste de cuentas que buscan las prácticas documentales y artísticas contemporáneas también está condicionado por el hecho de que existan testigos vivos de un acontecimiento; que estén dispuestos a dar su palabra para reconstruir un suceso violento y traumático que tiene un claro impacto social. Si en algo coinciden las contranarrativas que han puesto la memoria de las víctimas en el centro de su práctica es en la vocación por poner en el centro de la escena pública una serie de voces deshechas, marginadas o eliminadas.

La política del testimonio parte de la potencia y el valor heurístico que conlleva poner en juego la palabra y vulnerabilidad de los supervivientes. De ahí que esta apuesta también reclama reflexionar sobre los límites éticos que plantea el tratar y exponer a esta clase de testigos. Me refiero a la petición de verdad, la erosión y distorsión de la memoria; a la información que habita tras el error o el trauma; o el derecho al silencio. También sobre el conocido problema de representar la violencia abyecta o poner imágenes a lo inimaginable. Asimismo, sobre la necesidad de identificar los abusos de la memoria que escamotean y pervierten su alcance ético y político: tanto la revictimización institucionalizada, como el deseo de ser víctima o, incluso, el falso testimonio y la lisa y llana impostura.

La posibilidad de combatir la normalización de la violencia, la ausencia de duelo público y el uso de los cuerpos detrás de la lógica rapaz del neoliberalismo exige prestar atención a las vidas descartadas. No lamentadas. Hablo de historias individuales que tienden a entrelazarse de forma imprevisible y dan pie a contar –y hacer contar– otras historias concretas frente a la barbarie y la desigualdad. Testimonios que al irrumpir ponen a la vista lo quebrantado, lo negado, lo ausente.

Pienso que buena parte de la vocación del pensamiento crítico de hoy día radica en poner en relación fragmentos de vida que importan y tienen efecto en el espacio de lo público. Experiencias que potencian el encuentro, que resuenan entre sí, que dan cierta esperanza. Esto no es nuevo. Hannah Arendt estaba convencida de que «aun en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar cierta iluminación», y que esta clase de esclarecimiento «proviene menos de las teorías y conceptos que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que algunos hombres y mujeres reflejarán en sus trabajos y sus vidas bajo casi cualquier circunstancia y sobre la época que les tocó vivir en la tierra».

En las sociedades contemporáneas de control y vigilancia, la tarea de dar lugar a la historia y perspectiva de los extraños y los desechados trasciende el mero intento de reparar injusticias presentes e históricas. Implica también la posibilidad de ampliar

nuestro juicio y salvaguardar la pluralidad y la complejidad humanas ante los fanáticos de lo propio. En tiempos en que el cuerpo deviene dato y un algoritmo prevé nuestros gustos y movimientos, se hace cada vez más difícil poder encontrarse y concertar con lo ajeno, lo reluctante, lo desemejante u opuesto. Sobrellevar el desacuerdo. El neofascismo y tribalismo posmoderno tiene mucho que ver con esta ceguera y estrechez de miras. Y creo que combatir esta nueva forma de empobrecimiento de la experiencia comienza por recuperar la lección de imparcialidad y ambivalencia homérica que nos obliga a revertir a toda costa la aniquilación e invisibilidad de los vencidos. Valorar cada cuerpo y cada historia no es un acto de piedad o compasión, sino de imaginación política.